

Death by Chocolate

By the REV. TIMOTHY SCHENCK

I always give up chocolate for Lent. I can't claim super-human willpower or an unnaturally pious existence. The truth is I don't like chocolate. I'm not allergic to it; it doesn't make me break out in hives. I just don't like it. And in the eyes of most red-blooded Americans, this makes me suspect. When I politely decline an after-dinner thin mint or a mid-day Hershey Bar, people give me strange looks. Some literally back away in horror as if they've encountered a leper.

But this doesn't stop me from dramatically turning down offers of fudge during the church's season of penitence. Ah, the virtue of it all! Just don't ask me to give up Fritos.

Giving up chocolate, of course, is the Lenten discipline's equivalent of a poster child. Who hasn't tried to give up chocolate for Lent? And who hasn't failed? But this Lenten cliché does draw us into a deeper point about our spiritual lives. Lenten disciplines are great. But they must be made in the context of the God of all grace. God still loves us even when we sneak a chocolate chip cookie. God still loves us even when we fall short in our Lenten disciplines and in our lives. Perhaps this divine forgiveness is the heart of the Christian faith; the reason we bother at all with our Lenten disciplines. Failing to give up our guilty pleasures shouldn't lead to guilt. Surely that's not the point of keeping a holy Lent.

Each year, the great Lenten debate centers upon whether to give something up or take something on. The general consensus is that giving something up is "old school" while taking something on is more devotional in nature. I don't believe these two are mutually exclusive. Why not give up red meat and say Morning Prayer each day? Preferably while performing self-flagellation.

Indeed giving up chocolate or caffeine (not a chance) or anything else gets a bad rap. Giving up something for Lent can be a wonderful spiritual discipline. Like fasting, it is an act of self-denial. But even more than this, it can set our hearts on God. The emptiness can be a physical reminder that our needs can only be satisfied through faith in Jesus Christ. The Ash Wednesday invitation to observe a holy Lent, calls us to do so "by self-examination and repentance; by prayer, fasting and self-denial; and by reading and meditating on God's holy Word." In other words, a balanced blend of giving up and taking on.

And if you're still not sure about the value of giving something up, consider this: A few years ago I heard about a priest in the Church of England who gave up preaching for Lent. Talk about the potential for a mutually beneficial experience!

Another challenge exists for those seeking to keep Lenten disciplines. If "The 12 Days of Christmas" is the Church's equivalent of "99 Bottles of Beer on the Wall," then Lenten disciplines are the sacred versions of New Year's resolutions. There's nothing wrong with a New Year's resolution of course. Nearly everyone resolves to lose weight, exercise more or amend their spending habits. Unfortunately, these resolutions rarely have anything to do with our spiritual lives, the true source of a healthy, happy and fulfilling existence. If the season of Lent precipitates a new spiritual discipline and brings us closer to the heart of Jesus, then thanks be to God.

As for me, I'll be giving up chocolate again this Lent. Yes, the smell of it makes my stomach turn. And I'm fairly certain the classic dessert "Death by Chocolate" might actually kill me. So it's not much of a cross to bear. Here's hoping your own Lenten discipline draws you ever-deeper into relationship with the one who was tempted in the wilderness and yet did not sin.

Yo siempre renuncio al chocolate durante la Cuaresma. No pretendo tener un poder de voluntad súper humano o una existencia devota extraordinaria. La verdad es que no me gusta el chocolate. No soy ni alérgico a él, ni me irrita la piel. Simplemente no me gusta. Esto me transforma en alguien estrambótico frente a los ojos de la mayoría de los americanos de sangre roja. Cuando diplomáticamente rechazo un chocolate de menta después de la cena o una barra de Hershey al mediodía, la gente me mira raro. Algunos literalmente huyen horrorizados como si se hubiesen encontrado con un leproso.

Pero no por esto dejo de rehusar dramáticamente a las ofertas de fudge durante la estación de penitencia de la Iglesia. ¡Ay, la virtud de todo esto! Pero no me pidan que renuncie a los Fritos. Renunciar al chocolate es, por supuesto, la disciplina de la Cuaresma equivalente a un niño de afiche. ¿Quién no ha tratado de dejar de comer chocolate durante la Cuaresma? ¿Y quién no ha fracasado? Pero este cliché de la Cuaresma nos conduce a algo más profundo en nuestra vida espiritual.

Las disciplinas de la Cuaresma son fabulosas, pero deben practicarse en el contexto del Dios de toda gracia. Dios nos ama aunque nos robemos una galleta con pedacitos de chocolate. Dios nos ama incluso cuando nos quedamos cortos en nuestras disciplinas de la Cuaresma y en nuestras propias vidas. Tal vez este perdón divino es el pilar de la fe cristiana; la razón por la cual nos molestamos en lo absoluto en cumplir con nuestras disciplinas de la Cuaresma. Fracasar en el esfuerzo de renunciar a nuestros placeres desacertados no debe producirnos un sentido de culpabilidad. Ciertamente ese no es el punto en cuanto a observar la sagrada Cuaresma.

Cada año, el gran debate de la Cuaresma se concentra en el renunciar a algo o en el aceptar algo. El consenso general es que renunciar a algo pertenece a la "vieja escuela", mientras que el aceptar algo significa ser más devoto por naturaleza. Yo no creo que ambos se excluyan mutuamente. ¿Por qué no renunciar a la carne roja y en su lugar hacer la oración matutina cada día? De preferencia cuando se esté practicando el auto-flagelo.

Verdaderamente, renunciar al chocolate o a la cafeína (ni en broma) o a cualquier otra cosa crea un mal predicamento. Pero, renunciar a algo durante la Cuaresma puede ser una hermosa disciplina espiritual; así como ayunar es un acto de auto-negación. Incluso más, puede colocar nuestros corazones ante Dios. El rigor de privarse de algo puede ser un recordatorio físico de que nuestras necesidades llegan a satisfacerse solamente por medio de nuestra fe en Jesús Cristo. El Miércoles de Ceniza nos invita a observar la santa Cuaresma, nos llama a hacerlo mediante "el auto-examen y el arrepentimiento, por medio de la oración, el ayuno y la auto-negación; leyendo y meditando sobre la Santa Palabra de Dios". Es decir, es una mezcla balanceada de renuncia y aceptación.

Y si tú todavía no estás seguro(a) del valor que tiene renunciar a algo, considera esto: Hace algunos años, supe que un sacerdote de la Iglesia de Inglaterra renunció a predicar durante la Cuaresma, ¡vaya potencial de experiencia para un beneficio mutuo!

Existe otro desafío para quienes desean observar las disciplinas de la Cuaresma. Si "los 12 Días de Navidad" son el equivalente de la iglesia a "las 99 Botellas de Cerveza en el Muro", entonces las disciplinas de la Cuaresma son las versiones sagradas de las resoluciones de Año Nuevo. Por supuesto que las resoluciones de Año Nuevo no tienen nada de malo. Casi todos resuelven perder peso, hacer más ejercicios o corregir sus prácticas en el presupuesto de gastos. Desafortunadamente, estas resoluciones rara vez tienen que ver con nuestra vida espiritual, la cual es la verdadera fuente de una vida satisfactoria, sana y feliz. Si la estación de la Cuaresma crea una nueva disciplina espiritual y nos acerca más al corazón de Jesús, entonces demos gracias a Dios.

En cuanto a mi, otra vez voy a renunciar al chocolate esta Cuaresma. Sí, su simple olor hace retorcer mi estómago. Y estoy seguro que el clásico postre "Muerte por Chocolate" realmente podría matarme. Por lo tanto, no es una cruz muy pesada que cargar. Esto va para ustedes en la esperanza de que su propia disciplina durante la Cuaresma les lleve a crear una relación más profunda con el que fue tentado en el desierto y no pecó.

